

EMPLEA AL PENSAMIENTO
PROPONER LA LEY Y LA JUSTICIA
BASE

RICARDO BRUGADA



LA LECHERA



NOTA DE CARNAVAL; por MANUEL Cusi.

BELLAS ARTES

ESTAMOS en pleno Carnaval. La alegría obligatoria retoza en todos los semblantes, invade todos los espíritus y se impone el disfraz para seguir la corriente general y dar un bromazo á los amigos. El periódico no puede substraerse á la locura imperante y refleja en sus páginas el culto que universalmente se presta á Momo y demás divinidades del paganismo que le sirven de risueña escolta.

Por esto el ALBUM SALÓN adorna su portada con una elegante mascarita, emblema de este bullicioso período, y confía esta misión al especialista pincel de Manuel Cusi, á quien no hemos de presentar, por sobrado conocido de nuestros lectores.

Es siempre el distinguido pintor de los *boudoirs* y los antepalcos, de las bellezas femeninas y los rasos de seda, de las medias luces que juegan discretamente posando sus dorados reflejos en todos los objetos.

La cabecita es linda y el antifaz que cubre el rostro deja adivinar codiciadas perfecciones. Y en medio de sus cualidades pictóricas, que la recomiendan, tiene un mérito principalísimo: la oportunidad.

Con gusto tenemos que ocuparnos hoy en dos obras de nuestro particular amigo y compañero de juventud Leopoldo Roca, hoy consagrado casi exclusivamente á la pintura de retratos, en cuyo género goza merecido renombre.

Leopoldo Roca, que en su edad juvenil cursó en nuestra Escuela de Bellas Artes, conquistando rápidamente los primeros premios, distinguióse siempre por su dibujo correcto y por una fidelidad de colorido que daba á sus cuadros aspecto de realidad.

En París y Roma completó sus estudios (para usar un tópico tan falso como vulgar) y desde la segunda de dichas capitales, especialmente, envió á nuestra ciudad algunos cuadros y acuarelas que le valieron lisonjeras críticas y merecido aplauso.

Estableciéndose después en Barcelona, ha cultivado con éxito varios géneros; pero las condiciones del mercado y los muchos pedidos le han relegado, puede decirse, del todo al retrato, en el que sobresale, y sólo durante los veraneos, en plena naturaleza, entrégase con fervor á la pintura de paisaje.

Hace algunos años pintó el único cuadro histórico-religioso que le conocemos, una *Llegada al Calvario*, vasta composición que la oleografía ha popularizado.

Cuantos hayan permanecido en Barcelona durante las ferias de Santo Tomás, habrán podido contemplar *de visu* la escena que reproducimos, y que el autor ha tomado precisamente en la Rambla de los Estudios. Es un episodio popular, sorprendido en toda su ingenuidad; y esta carencia de doble intención, esta misma sencillez, propia de las cosas vistas, le da un carácter de documento vivo que es su mayor encanto.

El otro cuadro, *El secuestro*, es una enorme acuarela de más de un metro de altura, lo cual exige desde luego un gran dominio del mecano. Es, más que todo, un estudio de expresión que abarca por completo la figura. En tal concepto, es admirable la cabeza, construida, además, con toda la solidez y corrección apetecibles, que es por sí sola un trozo magistral; el resto de la figura corresponde por su actitud á la expresión del semblante, y el fondo está tratado con idéntica importancia.

Leopoldo Roca es, al propio tiempo, un hombre íntegro y sociable, y reconociéndolo así, el Círculo Artístico de Barcelona lo eligió su presidente, cargo de honor que supo mantener con dignidad y abnegación.

¿Qué hemos de decir del *Baile charro* de Enrique Estevan? Que es una hoja de color arrancada del album de los recuerdos, sin más objeto que el de fijar de un modo permanente una impresión recibida. Y nada más.

FRANCISCO CASANOVAS



COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA EN EL MONUMENTO QUE SE ERIGE AL DOCTOR ROBERT. — (31 DE ENERO DE 1904).

26

Fot. de Adolfo Más.

EL RETRATO

(HISTORIA EN TRES CARTAS).

Madrid, 10 de Mayo de 190...

MI QUERIDO AMIGO: Sinceramente creía que eras un chico listo y un buen amigo para tus amigos, pero la lectura de tu última carta me ha convencido plenamente de lo contrario. ¡Qué le he de hacer! Estaba persuadido de que tú eras el único, entre mis amigos, que se salía de lo corriente, que tenía talento, que era hombre de mundo; pero eres tan vulgar en tus pensamientos como el primero.

Te decía en mi carta anterior que estaba aburrido de llevar la vida que llevo, que no sabía en qué gastar mis rentas, como sabes, cuantiosas, para hallar algo que me sacase de este *spleen* aborrecible que se ha apoderado de mi espíritu y que me tiene perezoso y desalentado. En mi carta citada te exponía, punto por punto, el dinero que poseo, la vida que hago actualmente, expresándote detalladamente que me levanto á las cuatro de la tarde, voy á pasear á la Castellana á las cinco, á las siete como, á las nueve voy al café, á las diez á algún teatro, luego al Casino y, por último, me meto en Fornos hasta las seis de la mañana, hora en que me retiro á mi casita donde me espera mi criada con un buen vaso de leche, y por último me acuesto.

Esta vida igual desde hace cinco años, me cansa y aburre como te digo. Cuando voy al Casino juego por distraerme y quisiera perder, perder mucho dinero para ver si de ese modo mis nervios se excitaban, mi imaginación se preocupaba y mi corazón latía con violencia, para sentir, en fin, alguna emoción, pero ni esto me concede Dios; cuanto más quiero perder más gano; anoche mismo gané cinco mil pesetas. Esto no me causa impresión alguna, porque ¿qué significan para mí mil duros más? ¡Nada! y acaso al que los perdió le hicieran mucha falta. Soy un jugador desgraciado, aunque parezca lo contrario...

Te escribí haciéndote presentes todas estas cosas, para que tú, á fuer de hombre experto en las luchas de la vida, me dieras alguna idea, pero una idea nueva y original, nó una vulgaridad tan grande como la que me dices. ¡Que me case! ¡Vaya una solución! ¡Eso me lo dicen otras muchas personas, á quienes considero incomparablemente mucho menos avisadas que tú. Mentira parece que me aconsejes semejante cosa, sabiendo mi manera de pensar sobre ese punto. A tu vulgar consejo de que me case te contesto yo con un adagio no menos vulgar «el buey suelto bien se lame», y todo queda como estaba. No me caso, aunque de no hacerlo hubiese de quedarme pobre; estoy muy desengañado con lo que les pasa á otros amigos míos, siempre preocupados con el niño que va á nacer, el sarampión del nacido, la tos ferina del mayorcito, los estudios del otro más grande y los trapicheos del mozo. ¡Vade retro, amigo mío! Bien me estoy como estoy, si he de estar seguramente peor cuando me case.

Te doy mi más sentido pésame por tu poco acierto en la solución del problema planteado, y hago votos porque el Altísimo te ilumine un poco más el cerebro.

Te quiere tu amigo. — PEPE.

Madrid, 15 de Junio de 190...

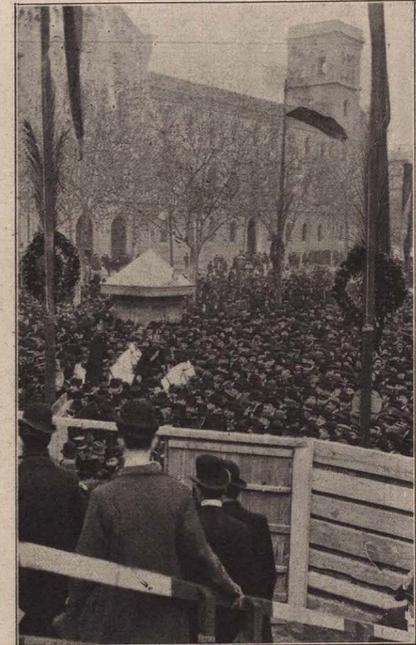
Estimado amigo: estoy contentísimo; ya he encontrado algo que me preocupe y me distraiga, y esto ha sido la causa de no haberte escrito antes, como de costumbre.

Pocos días después de escribirte mi última, madrugué mucho (á las diez de la mañana), y me fuí á dar un paseo por el Retiro aspirando el pesado ambiente de este Madrid de los demonios, presa del *spleen* acostumbrado.

Discurriendo por aquellas largas alamedas, pensativo y con la vista clavada en el suelo, tropezaron mis pies con algo que llamó mi atención; me bajé y cogí un pequeño tarjetero de señora, que era el objeto con que había tropezado, y lo contemplé unos instantes, dando gracias á Dios por haberme deparado este acontecimiento que no puedo explicarme por qué causa presentía que iba á proporcionarme alguna emoción. Miré á todos lados y no vi á nadie. ¿De quién sería? Exhalaba un perfume suavísimo y penetrante. Seguí andando, dando vueltas entre mis manos al misterioso tarjetero, sin atreverme á abrirle. En mi imaginación fabricaba novelas estupendas. Quizá fuese á descubrir algún secreto femenino, algunos amores impuros... ¡Quién sabe!

Por fin, me decidí á abrirlo. No tenía más remedio que hacerlo así para ver si encontraba algún indicio que me diera á conocer el nombre y residencia de la propietaria de tan lindo tarjetero. ¡No puedes figurarte, amigo mío, lo que se presentó ante mi vista! — Unas cuantas tarjetas sin importancia, un lapicito de oro y el retrato de la mujer más hermosa que he visto en todos los días de mi vida! ¡Chico, qué mujer! La cara, una divinidad..., con unos ojos... y una boca; el peinado, elegantísimo y original; el sombrero, de última moda; el cuerpo, precioso... No puedo explicarte con propiedad el aspecto de aquella hada... Lo más raro del caso es que yo conocía aquella cara, yo la había visto en muchas partes y no podía acordarme dónde. Indudablemente era una mujer del gran mundo; todo lo que llevaba encima lo ponía de manifiesto á simple vista.

Y debía de ser millonaria, á juzgar por la riqueza de su traje. En una palabra: desde aquel momento me quedé prendado de la señora del retrato.



LA PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, VISTA DESDE UN ÁNGULO DE LA TRIBUNA OFICIAL.



BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA POR EL CARDENAL CASAÑAS.



MOMENTO EN QUE EL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN, SEÑOR RUSIÑOL, DIRIGIÓ LA PALABRA AL PÚBLICO.

Instantáneas de Francisco Serra.

27